

Doce cuentos peregrinos, de Gabriel García Márquez. Reflexión en torno a la experiencia del viaje (1).

En el prólogo a introductorio a *Doce cuentos peregrinos* (2), el autor, GGM, se dirige al lector para justificar la obra como conjunto de relatos en torno a una única circunstancia: el viaje entendido como peregrinación. Los doce cuentos se revelan como un ejercicio literario para el autoconocimiento y la autoexplicación de una identidad latinoamericana que se enfrenta a la circunstancia del viaje en el contexto europeo.

La cantidad de los cuentos —*doce*— y la cualidad —*peregrinos*— son justificadas también en el prólogo como fruto del destino, el azar y del tiempo. Son doce, según el prologuista, porque sólo ellos superaron las pruebas que el tiempo y su circunstancia de peregrinos les habían impuesto. Los cuentos han superado una trayectoria accidentada en la que, al igual que les sucederá a los personajes que los protagonizan, su identidad se disolverá en sus continuas reescrituras.

El número, doce, es rico en significaciones simbólicas. Es éste el número de las divisiones espacio-temporales y simboliza el universo en su desarrollo cíclico, y también en su complejidad interna. La complejidad simbólica que se desprende del número doce cobrará sentido pleno cuando, en el desarrollo de los relatos, percibimos sobre la trayectoria de los personajes el peso del tiempo cíclico y la fuerza del espacio como determinantes de su definición como peregrinos en eterna búsqueda (3).

(1) Este artículo, en su primera redacción, fue presentado como ponencia en el *Congreso Literatura de Dos Mundos. El Encuentro*, celebrado en la Universidad de Murcia en 1992.

(2) Mondadori, 1992. El libro recopila relatos escritos por primera vez entre 1976 y 1982. Algunos de los cuentos han dado lugar a guiones cinematográficos, televisivos —"Me alquilo para soñar", "María dos Prazeres"— y otros ya habían sido publicados en suplementos literarios —"El rastro de tu sangre en la nieve", "El verano feliz de la señora Forbes"—.

(3) En la Conferencia magistral que Don Arturo Usler Pietri pronunció en el transcurso de este Congreso, se refirió a un concepto relacionado con esta concepción del tiempo que aquí sugerimos; él formuló el concepto de *tiempo americano*.

GGM explica ese peregrinaje como fruto de su experiencia vital de latinoamericano y escritor que se mueve sin reposo a lo ancho del espacio geográfico europeo sin dejar de ser un extranjero. De las páginas prologales extraemos una cita corrobora nuestras palabras y justifica el libro como conjunto de relatos en torno a hechos verídicos reconstruidos:

“No sé por qué, aquél sueño ejemplar — se refiere al sueño en el que se ve a sí mismo en su entierro, rodeado de amigos de América Latina — lo interpreté como una toma de conciencia de mi identidad, y pensé que era un buen punto de partida para escribir sobre las cosas extrañas que les suceden a los latinoamericanos en Europa.” (4).

Esas “cosas extrañas” van a ser el objeto de nuestra reflexión, que pretende realizar su ejercicio por medio de la lectura del viaje del peregrino en los textos.

No es nuestro objetivo la interpretación de todas las claves de los cuentos, ni tampoco podrá serlo el estudio del viaje, la soledad, la muerte o el sueño en el corpus narrativo de GGM. Pretendemos, únicamente, elaborar una reflexión desde el texto mismo, manteniendo presentes en cada momento los límites de la interpretación y persiguiendo el equilibrio entre la intención de la obra y nuestra propia lectura o intención.

Nos ha parecido evidente que en la intención de la obra está el concepto de Europa como espacio ajeno, aunque aceptado como de tránsito natural y hasta inevitable o necesario, que se revela como mudo u hostil para los peregrinos latinoamericanos, que protagonizan los cuentos de GGM.

Las de *Doce cuentos peregrinos*, son historias espacialmente europeas protagonizadas por personajes ajenos a Europa, con el resultado imprevisible que se deriva de la confrontación de culturas eternamente paralelas, infinitamente diversas como infinito es el punto en el que tienden a encontrarse.

El espacio europeo será nombrado singularmente en cada relato atendiendo a las fronteras de los diferentes países o regiones; sin embargo, el espacio singular, caracterizado brevemente en pinceladas subjetivas nacidas de la impresión de los personajes, se unifica en la intención última de la obra para conformar un marco único, dentro de un contexto general de *extrañamiento* en el que prevalece, sobre el nombre y las características del espacio, el hecho experimentado del ámbito siempre ajeno (5).

(4) *Doce cuentos peregrinos*, p. 13.

(5) Don Arturo Uslar Pietri, en su Conferencia ya citada, se refirió al “Descubrimiento” para negarlo como circunstancia unidireccional, y quiso referirse al *encuentro* de tres culturas: África, América y Europa en un *contexto nuevo*.

No abundan las explicaciones al por qué del viaje —las intuiremos sólo al comprender la trayectoria de cada uno y del conjunto de los viajeros — ni casi al cómo del desplazamiento. Se obvian estas referencias y así los cuentos concentran su desarrollo en el lado trascendente del viaje: el inicio de la aventura, el momento en el que se produce el extrañamiento.

Podemos decir, por lo tanto, que no existe una intención de fabular sobre el espacio sino sobre el viajero, el hombre frente a una circunstancia especial e inquietante, de búsqueda de un centro que se revela como inaccesible. El viaje aleja al viajero, inevitablemente, de lo que fue hasta ese momento y lo acerca a una forma de muerte, a causa de la pérdida de sí y de la disolución de identidad. Esta muerte tiene un marcado signo palingenésico. La aceptación del viaje lleva implícita la aceptación de las pruebas desconocidas que el destino impondrá y cuya superación significará la posibilidad de una progresión espiritual. Los personajes de los cuentos se desplazan, como Dante, a través del eje del mundo como peregrinos en busca de una tierra prometida. Pero el viaje es también una huida de sí y el viajero es el profundo insatisfecho que sueña con lo desconocido inaccesible e indescifrable.

GGM nos sitúa, en los cuentos, ante el hecho consumado del desplazamiento en el espacio de los personajes bajo el signo del peregrinaje. Sus desplazamientos son obligados pues les falta un (detalle esencial) requisito sin el cual no pueden considerarse hombres. Su verdad es su única verdad. Buscan la santidad, el cumplimiento de un sueño, la salud, la comunicación o la compañía. Sus nombres pueden ser Margarito Duarte, María dos Praceres, Señor Presidente, Nena Daconte, María de la Luz Cervantes o Prudencia Linero. Todos ellos, peregrinos frente al cumplimiento de su tiempo vital.

El término peregrino designa al hombre que se siente extranjero incesantemente en la realidad extraña que le ignora a la vez que le transforma en lo cualitativo, aunque no en lo esencial.

El mito del peregrino subraya en el viaje el carácter inherente de la transitoriedad del presente frente a los fines perseguidos y presentidos que son de naturaleza superior e ignota. Por ello, el héroe del viaje, el peregrino en términos cristianos, ha de estar impregnado de idealismo.

Esta reflexión breve actuará a modo de inferencia explicativa que sometemos a verificación textual. Para ello, dejaremos que los textos hablen para asombrarnos, como asombraban a los indios americanos recién descubiertos por los españoles que se sorprendían al ver hombres que conversaban con libros (6).

(6) WILKINS, John, *Or the Secret and Swift Messenger*, Nicholson, Londres, 1707.

La primera información que nos ofrecen los textos es la del mundo extraño y el extrañamiento del personaje. El desarrollo de la historia nos muestra con detalle una serie de motivos que se repiten en las diferentes historias y que conforman el sentimiento de extrañamiento. Estos motivos son: la ignorancia o desconocimiento de las claves culturales, la experiencia de ser ignorado, la verdad fragmentada, la incomunicación y la soledad, el desamparo, el hermetismo lingüístico, el error, los juicios subjetivos y parciales sobre su mundo y sobre el mundo extraño, la necesidad y la reinvención de referencias conocidas, la espera, el ciclo temporal como símbolo, el sueño, y, finalmente, la disolución de la identidad y como consecuencia de ella la muerte o la regeneración, el fin de una etapa o el cese de la actividad vital.

El primero de los relatos lleva por título “Buen viaje Señor Presidente” (7). Nos cuenta la historia de un presidente latinoamericano, derrocado y en el exilio, que vuelve a Ginebra, la ciudad de su juventud para completar un ciclo vital. El suyo es el ejercicio de un regreso en un tiempo cíclico. El personaje, enfermo, observa el entorno ginebrino con el ojo del que ve próximo su fin. El tiempo aniquilador ha renovado su extrañamiento en un lugar que conocía en el pasado. Hoy su visión le muestra un espacio que no tiene nada en común con el de su pasado. Su visión es la de los ojos del alma y se siente un extranjero, y un desconocido:

“Estaba sentado en el escaño de madera bajo las hojas amarillas del parque solitario, contemplando los cisnes polvorientos con las dos manos apoyadas en el pomo de plata del bastón, y pensando en la muerte. Cuando vino a Ginebra por primera vez el lago era sereno y diáfano, y había gaviotas mansas que se acercaban a comer en las manos, y mujeres de alquiler que parecían fantasmas de las seis de la tarde, con volantes de organdí y sombrillas de seda.(...) Le costaba creer que el tiempo hubiera podido hacer semejantes estragos no sólo en su vida sino también en el mundo.

Era un desconocido más en la ciudad de los desconocidos ilustres.” (8)

La contraposición presente-pasado sirve al narrador para transmitir el estado emocional del personaje, más que la realidad espacial que describe. El paso del tiempo se subraya, simbólicamente, con la contraposición del mismo espacio en estaciones diferentes, verano y otoño.

Desde su condición de desconocido, forastero ignorado y solitario, el Presidente es un peregrino que busca en Ginebra la salud y la regeneración de

(7) *Doce cuentos peregrinos*, pp.21-56

(8) *Doce cuentos peregrinos*, pp.23 - 58

la vida, lugar al que llega presa de un dolor escurridizo:

“Los años de la gloria y el poder habían quedado atrás sin remedio, y ahora sólo permanecían los de la muerte.”

La naturaleza y la práctica de la adivinación anuncian reiteradamente al personaje su muerte. Así, en el Parque Inglés asiste al espectáculo de inicio del otoño:

“Llevaba allí más de una hora, siempre pensando en la muerte, cuando empezó el otoño. El lago se encrespó como un océano embravecido, y un viento de desorden espantó a las gaviotas y arrasó con las últimas hojas.”

La naturaleza evidencia los signos de un cambio que el personaje interpreta como la cercanía del fin de su ciclo vital. Además de la naturaleza, la música en el café insiste en un “Mozart premonitorio”. El Presidente siente su soledad y “sólo entonces tomó conciencia de que había llegado el otoño.” Después de esta confirmación se dispone a crear un espacio propio, amueblado con claves conocidas para refugiarse frente al espacio hostil, y por ello, comenzó a leer el periódico por la página internacional buscando alguna noticia de las Américas”, y se dispuso a consumir una transgresión: tomar el café prohibido puesto que la muerte está cerca. Tres decenas de años atrás había pensado:

“Si alguna vez tuviera la certeza de que me voy a morir volvería a tomarlo”. La transgresión del café le lleva al rito de la adivinación y el sedimento del café le confirmará su presentimiento fatal por primera vez. Lo hará un total de tres veces. Más tarde tomará una buena comida, la última comida tal vez, pero no estará sólo sino que le acompañará Homero Rey de la Casa que se convierte en su conductor hacia la regeneración. Homero es también un extranjero en Ginebra, al igual que su esposa Lázara.

La trayectoria del personaje, gracias a la comunicación establecida con sus compañeros de viaje, evoluciona hacia la regeneración. Su opinión desengañada del Continente cambia radicalmente desde la definición, amarga y cínica:

“Así somos y nada podrá cambiarnos”. “Un continente concebido por las heces del mundo entero sin un instante de amor: hijos de raptos, de violaciones, de tratos infames, de engaños, de enemigos con enemigos”,

hasta el cinismo dinámico demostrado en su carta de regreso al continente:

“...se sentía tentado de volver a su país para ponerse al frente de un movimiento renovador, por una causa justa y una patria digna, aunque sólo fuera por

la gloria mezquina de no morir de viejo en su cama. En ese sentido, el viaje a Ginebra había sido providencial.”

La historia del Señor Presidente es paralela en su trayectoria de búsqueda a la de “María dos Praceres” (9), cuyo nombre da título al séptimo cuento de la colección.

María dos Praceres es una vieja prostituta retirada, procedente de Brasil, que huye de sí misma y se traslada al barrio barcelonés de Gràcia en busca de una vejez decente. Un sueño, que ella interpreta erróneamente, hace que su estancia en el mundo tenga sentido únicamente como tiempo preparatorio para una buena muerte.

María dos Praceres recibe la visita del vendedor de la muerte, por medio del que adquiere una tumba a plazos en el cementerio de Montjuich, lugar al que nunca llegarán las aguas, en donde podrá reposar eternamente acostada, terminando así su alma su peregrinaje en el mismo lugar en donde lo termina su cuerpo. El vendedor, que juzga a la protagonista en cuanto la ve como “una loca fugitiva de las Américas”, proporciona a María la ilusión de de una buena muerte aliviada por las visitas del Noi, su perro, al que entrenará especialmente para llegar al cementerio y reconocer la tumba. Su soledad queda subrayada por este hecho y porque no conocía a nadie en el edificio “salvo en la puerta de enfrente, donde vivía desde hacía poco una pareja muy joven con una niña de nueve años”. La niña es el primer signo de vida que nos hace pensar que la trayectoria fatal de la mujer puede variar, pero ella no lo notará todavía.

El tiempo transcurre despacio y presenciamos los signos del cambio de estación, “...el invierno efímero pasó sin alterarla (...) y a medida que aumentaba el calor y entraba el ruido torrencial de la vida por las ventanas abiertas se encontraba con más ánimos para sobrevivir a los enigmas de sus sueños.”

El texto nos revela en este momento que María ha percibido, aunque no racionalmente, que podría remontar la prueba de la muerte. Un signo en este sentido lo constituye la ruptura del rito de las cenas de los viernes con el conde de Cardona.

El domingo del “ensayo final” reconoció en el Noi que volvía “babeando de fatiga” del cementerio, los signos de la ignorancia social, de la soledad, convirtiéndose el perro en el elemento que le hace superar “el terror de no tener a nadie que llorara sobre su tumba”. Sin embargo buscará, ávidamente, en el mar, la imagen del “inmenso trasatlántico con bandera del Brasil,” y “deseó con toda su

(9) *Doce cuentos peregrinos*, pp.135 - 156

alma que le trajera una carta de alguien que hubiera muerto por ella en la cárcel de Pernambuco”.

El tiempo se lee en inscrito en círculos, las estaciones transcurren dulcemente en una sucesión que simboliza el ritmo de la vida, representando también el retorno eterno y los inicios perpetuos. En el otoño siguiente, la protagonista, “empezó a percibir signos aciagos que no lograba descifrar”, hasta que, en una de sus visitas a su propia tumba, es sorprendida por la tormenta que evidencia el cambio de su destino que tomará la decisión de hacer renacer la vida de María, la cual, había interpretado, erróneamente, su sueño como la visita de la muerte. Ahora, un mensajero de la vida le dará por fin la clave del sueño enigmático: “En una fracción de segundo volvió a examinar por completo el sueño premonitorio que le había cambiado la vida durante tres años, y comprendió el error de su interpretación. “Dios mío”, se dijo asombrada. ¡De modo que no era la muerte!”

“La santa” (10) es el título del segundo cuento de la colección. El relato nos sitúa ante la historia de extrañamiento protagonizada por un individuo “sigiloso, imprevisible y con una tenacidad de picapedrero” en un mundo ajeno y poco solidario. Es la historia de Margarito Duarte, que pasa más de veinte años en Roma acompañando al cuerpo incorrupto e ingravido de su hija muerta a los once años. Su vida se transforma en una larga y combativa espera en persecución de un derecho: el derecho a la santidad. Su caso es “un asunto de la nación” y de solución única en su ámbito cultural andino:

“No había duda. La incorruptibilidad del cuerpo era un síntoma inequívoco de la santidad, y hasta el obispo de la diócesis estuvo de acuerdo en que semejante prodigio debía someterse al veredicto del Vaticano”.

En Roma, en el tiempo de cinco papas, Margarito Duarte ve con extrañeza como su caso no provoca el interés esperado en este otro espacio que ha optado por la vida, y que ignora a la santita o, en el mejor de los casos, la mira “con atención pero sin asombro”.

En la Secretaría de Estado del Vaticano, Duarte se encuentra con la negación de su caso:

“Margarito pidió al funcionario que comprobara la ingravidez del cuerpo. El funcionario la comprobó, pero se negó a admitirla.—Debe ser un caso de sugestión colectiva—dijo”.

El personaje de Duarte, que “salía por primera vez de su escarpada aldea

del Tolima, en los Andes colombianos, y se le notaba hasta en el modo de dormir”, desconoce las claves de la cultura europea. Ser ignorado es el precio que paga por su diferencia.

La cultura europea le aglutina sin comprenderlo, y poco a poco va cambiando su acento y sus vestidos fúnebres; hablará italiano y se cambiará su apariencia exterior pero seguirá siendo un extranjero peregrino que espera que el momento de su reconocimiento llegará, aún después de haber experimentado que calvario personal no sirve en Roma ni siquiera para el cine porque es demasiado increíble y, paradójicamente, sólo sería aceptado si la santita resucitase.

La sociedad italiana posee unos códigos de comportamiento con respecto a la muerte que nada tienen en común con la cultura andina. En Europa la fe en el otro mundo no es una fe ciega y la cultura de la muerte es rechazada, ello justifica el espanto, la negación o la ignorancia y también la necesidad e la resurrección.

La verdad de Duarte es otra y su peregrinaje le llevará a una santidad propia, según nos confirma el narrador latinoamericano de la historia:

“Entonces no tuve ya ninguna duda, si es que alguna vez la tuve, de que el santo era él. Sin darse cuenta, a través del cuerpo incorrupto de su hija, llevaba ya veintidós años luchando en vida por la causa legítima de su propia canonización.”

Lo sucedido a la señora Prudencia Linero, protagonista del relato “Diecisiete ingleses envenenados” (11), el octavo cuento, pone de manifiesto, como en el caso de “La santa”, el problema de la incomunicación de culturas que utilizan códigos diferentes y herméticos. El espacio del viaje es también italiano, el relato comienza con la llegada a Nápoles, por barco, de un grupo de “italianos de Buenos Aires que volvían a la patria por primera vez después de la guerra”, grupo del que se siente separada emocionalmente Prudencia Linero, procedente de Riohacha.

El desconcierto y el rechazo, producido por el desconocimiento, por esta nueva cultura, es el rasgo predominante en el discurso del personaje que se siente extranjero en el momento en que se pueden contemplar las tierras italianas, con las que no le une sino su deseo ferviente de confesarse con el Santo Padre o, al menos, verle.

El narrador explica como “El espíritu social y el calor humano que le permitieron sobrevivir a las primeras nostalgias del trópico, habían desaparecido.

(11) *Doce cuentos peregrinos*, pp. 157 - 176

Los amores eternos de altamar terminaban a la vista del puerto. La señora Prudencia Linero, que no conocía la naturaleza voluble de los italianos, pensó que el mal no estaba en el corazón de los otros sino en el suyo, por ser ella la única que iba entre la muchedumbre que regresaba.”

La diferenciación entre ir y regresar es el instrumento que la protagonista del cuento utiliza para explicar el sentimiento de desamparo que la invade cuando se siente forastera, en su primer viaje:

“Así deben ser todos los viajes, pensó, padeciendo por primera vez en su vida la punzada de ser forastera, mientras contemplaba desde la borda los vestigios de tantos mundos extinguidos en el fondo del agua”.

El desarrollo del relato acentuará la incomunicación y la perplejidad e incluso el miedo del personaje, desorientado, en primer lugar, por la reacción poco piadosa de los italianos ante el ahogado que flota sobre el agua vestido de etiqueta; después, porque no es cumplimentada por el cónsul como ella esperaba.

La mujer, desorientada, busca referencias que pueda comprender para elaborarse su propio mundo dentro del contexto extraño; por ello, relaciona los rasgos del maletero del hotel con los de su nieto menor, y ya en su cuarto alquilado y oscuro, “bueno para llorar” se encerrará para ejercitar el llanto en un lugar propicio y, allí: “orinó por primera vez desde la mañana con un desagüe tenue y difícil que le permitió recobrar su identidad perdida durante el viaje”; después dará rienda suelta a “otro manantial de lágrimas atrasadas”.

La soledad esencial e infinita del personaje queda subrayada por el acto de volverse hacia su propio cuerpo, renovado en el acto de la liberación de sus fluidos orgánicos, para encontrar alguna clave descifrable en el nuevo espacio.

Prudencia Linero se nos presenta como un peregrino con una “sola razón para estar en aquél país indeseable”: ver al Papa e incluso pagarle para que la confiese. Pero el cura yugoslavo, extranjero también en Italia, pero conocedor de la cultura europea, la desengañará al respecto, y será él quien le explique también el comportamiento de los italianos ante la muerte:

“Desde hace siglos, los italianos tomaron conciencia de que no hay más que una vida, y tratan de vivirla lo mejor que pueden. Eso los ha hecho calculadores y volubles, pero también los ha curado de la crueldad.”

La impresión que Italia le causa a la protagonista nos la transmite el narrador con las siguientes palabras:

“Prudencia Linero tenía ya un juicio terminante sobre Italia: no le gustaba. Y no porque los hombres fueran un poco abusivos que ya era mucho, ni porque se comieran a los pájaros, que ya era demasiado, sino por la mala índole de dejar a los ahogados a la deriva.”

Europa es para Prudencia un mundo indescifrable, en donde su verdad no es sino verdad negada y en el que se hablan idiomas herméticos; en el que la muerte no es reverenciada sino ignorada y en donde, en suma, “ocurrían tantas cosas al mismo tiempo”.

Para reconocerse entre tanta desolación, recurre al ejercicio de la memoria, asocia olores, los del puerto de Nápoles y de Riohacha, o busca rasgos humanos familiares en los bucles de serafín del chico del hotel, parecidos a los de su nieto, y se encierra en su cuarto para defenderse de tanta soledad y para reconocerse en su llanto diario .

El viaje como aventura peligrosa que se convierte en un descenso a los infiernos, lo encontramos en el relato titulado *Sólo vine a hablar por teléfono*, (12) en donde se nos narra la historia de María de la Luz Cervantes, “una mexicana de veintisiete años, bonita y seria” como la describe el narrador, que se traslada desde Zaragoza a Barcelona en un automóvil que sufre una avería en el espacio desértico de Los Monegros. El viaje de María de la Luz es un viaje de ida sin retorno, que tiene como consecuencia fatal la disolución de su identidad hasta la desaparición total en un sanatorio mental, en el que una verdad ajena alcanza dimensiones gigantescas hasta anular su propia verdad, resumida en la frase que interrumpe periódicamente la narración de los acontecimientos: “Yo sólo vine a hablar por teléfono”. Grito de reafirmación que jamás es escuchado, impidiendo cualquier indicio de comunicación entre la protagonista y sus guardianes en el sanatorio, representados de manera drámatica y brutal por el personaje de Herculina, la cancerbera, y la vigilante nocturna, ambas contribuyen decisivamente a la anulación del personaje.

La verdad no le abrirá a María de la Luz las puertas de su infierno, sino que la marcará como “agitada” en el expediente clínico.

La narración nos ofrece otra interpretación para la desaparición del personaje: la que elabora su marido. Éste supone que le ha abandonado por otro y esa creencia se agiganta con el paso del tiempo. Cuando descubre la verdad, no creará tampoco a María de la Luz, sino que aceptará como válidas las explicaciones del médico, el cual, le ofrece su versión de la verdad: su esposa está enferma mentalmente, tiene la obsesión del teléfono y no debe abandonar el sanatorio.

(12) *Doce cuentos peregrinos*, pp.103-126

María de la Luz ya no abandonará jamás el encierro y su identidad quedará diluida entre las paredes de su cárcel a la que parece adaptarse hasta el punto de abandonar su obsesión por comunicarse, representada por el símbolo del teléfono, como se desprende de las últimas líneas del relato:

“María le pareció muy lúcida la última vez que la vió, un poco pasada de peso y contenta con la paz del claustro”

El suyo fué un naufragio fatal.

Nos referiremos, para finalizar, al último cuento recopilado por GGM, uno de los primeros que escribió, “El rastro de tu sangre en la nieve” (13), un texto inundado de significaciones simbólicas y míticas, pero que aquí sólo leeremos como un ejemplo de viaje que lleva a la pérdida de la vida de Nena Daconte, la desposada, conductora en su viaje de bodas de su marido, Billy Sánchez de Ávila, el cual, prototipo de viajero peregrino, incomunicado e incapaz, sufre por encontrarse como extranjero en París, solo e inaugurando su condición de adulto.

Nena Daconte pierde su sueño de amor adolescente y con él su vida en el transcurso de un viaje de bodas por Europa. Cuando llega a Madrid, su sangre, como la de Afrodita, tiñe las rosas frescas que le ofrecen como obsequio los representantes del cuerpo diplomático. Durante el viaje a París tiene un sentimiento de pérdida irreparable de la adolescencia y, en su nueva condición de esposa, siente como “su sueño de adolescente estaba atravesando ráfagas de incertidumbre”. Nena Daconte, afectada de desamor, siente como pierde la vida con la sangre que fluye de su dedo de desposada.

Billy Sánchez, el esposo, responde al tipo de personaje que sufre de extrañamiento y desamparo en un viaje que, por vez primera, le aleja del mundo que conoce. A su llegada a Madrid ya experimenta el miedo de lo desconocido, aunque es todavía un miedo vago, que en París se transformará en soledad dramática y en perplejidad y renuncia a entender. El texto nos informa de que, en Madrid: “Era la primera vez que salía de su tierra... La primera visión de una ciudad distinta de la suya..., el mar distante, todo lo iba aumentando un sentimiento de desamparo que se esforzaba por mantener al margen del corazón.”

Ya en París, una vez que Nena Daconte ha sido ingresada en el hospital, se siente incapaz de entender el lenguaje de este nuevo y desconcertante mundo. El narrador nos informa de su situación:

“A Billy Sánchez no le habría alcanzado la vida para descifrar los enigmas

de ese mundo fundado en el talento de la cicatería. Nunca entendió el misterio de la luz de la escalera que se apagaba antes de que él llegara a su piso, ni descubrió la manera de volver a encenderla. Necesitó media mañana para aprender que en rellano de cada piso había un cuartito con un excusado con cadena, y ya había decidido usarlo en las tinieblas cuando descubrió por casualidad que la luz se encendía al pasar el cerrojo por dentro.... La ducha se pagaba aparte y de contado y el agua caliente... se acababa a los tres minutos.”

El hermetismo lingüístico constituye una barrera infranqueable que le obliga a comer sin cesar huevos duros porque no hay que pedirlos, sino que se toman directamente del mostrador. Con el tiempo, sus progresos evidenciarán su imposibilidad de superar las dificultades de comunicación:

“En la cafetería de siempre se dió cuenta de que había aprendido a saludar en francés, y a pedir sandwiches de jamón y café con leche. También sabía que nunca le sería posible ordenar mantequilla ni huevos en ninguna forma porque nunca los aprendería a decir, pero la mantequilla la servían con el pan, y los huevos duros estaban a la vista en el aparador y se cogían sin pedirlos.”

Las normas del hospital se constituyen en enigmas que el personaje trata de resolver por medio de la violencia primero, y luego haciendo valer su apellido en la embajada, en donde le recuerdan las las infranqueables barreras entre su medio y el contexto cultural francés:

“...estaban en un país civilizado cuyas normas estrictas se fundaban en los criterios más antiguos y sabios, al contrario que en las Américas bárbaras, donde bastaba con sobornar al portero para entrar en los hospitales.”

La experiencia de Billy Sánchez constituye un ejemplo dramático de soledad, que se transforma en pánico cuando se encuentra perdido en la ciudad. Entra en un bar y se ve repetido en los espejos de las paredes, entonces tuvo conciencia de la muerte. Su pánico le lleva a buscar refugio en su cuarto, el espacio que le resulta más familiar, e incluso busca su consuelo y su identidad en la lectura de un libro, pero, significativamente, ninguno de los que guardaba Nena Daconte estaba escrito en castellano.

Nuestro recorrido en busca de la ejemplificación de la circunstancia inquietante del viaje como peregrinaje termina aquí, con el esbozo únicamente, del tratamiento de un tema que, creemos es susceptible de ser investigado en más profundidad. De cualquier modo podemos concluir diciendo que las “cosas extrañas que les suceden a los latinoamericanos en Europa” fundamentan su extrañeza en el concepto del viaje como peregrinación o viaje necesario e inexcusable, como ejemplificación de lo transitorio del ser del hombre y como

medio de purificación, progresión espiritual, regeneración o muerte, todo ello enmarcado, espacial y socialmente, por la experiencia de la cultura extraña y el acontecer desconcertante.

No son, los personajes de GGM, viajeros verdaderos, sino viajeros de su destino, ya que, según Baudelaire, los verdaderos viajeros son aquellos que parten sólo por la experiencia de la partida.